

## MIGRACIONES ANONIMAS DEL PERU A CHILE

Como una aproximación a la realidad circundante, que un profundo estudio del tema podría dejar esclarecida, presento en forma muy sumaria datos concretos sobre el largo mestizaje peruano-chileno.

Eludo explicaciones sobre temas que autorizados especialistas pueden comentar. El avance cotidiano que la paciente labor de sabios antropólogos ha venido conquistando para el conocimiento de esta ciencia, cuenta con mi entusiasta admiración. Cada día hay sobre suelo de la extensa América un nuevo descubrimiento, que jalona la existencia del hombre en épocas más y más remotas en estratos de primaria o avanzada civilización.

Las andanzas de la especie humana en estos dilatados territorios están científicamente registradas, con el esfuerzo generoso de quienes consumen largas jornadas al estudio de la antropología. Varios miles de años han corrido desde que aparecieran las primeras tribus andariegas en este maravilloso Continente. Semejan dos inmensos cuerpos fraternales que en la parte central se estrecharan sus manos y que hundan sus plantas en sendas regiones polares. No me detengo en atractivas descripciones geográficas. Señalo solamente que entre los grandes océanos, abordando enormes ríos y escalando ingentes montañas o atravesando desiertos inhóspitos, las generaciones que nos han precedido lograron vencer dificultades y peligros inauditos para poblar nuestras patrias.

Lógico es decir, de acuerdo a los descubrimientos de milenarias épocas, que las migraciones procedentes del territorio que hoy forma el Perú se esparcieron en el decurso del tiempo por todo el cono sur de América. La obra lenta pero sucesiva de las excavaciones así lo indica. El aserto se confirma con la viva documentación de la toponimia que hasta hoy permanece por todos estos tan distanciados países y debe ser conservada con lealtad invulnerable.

Consecuente con lo expuesto, no procede en mi relato la referente a esas remotas migraciones de gente peruana al suelo de Chile. Cruzando los desiertos de Tarapacá y Atacama, como también por las rutas de las tierras diaguitas y tucumanas, vinieron aquellas tribus primitivas en busca de algo nuevo.

En la primera mitad del siglo XV nos permite la historia fijar una conocida emigración peruana sobre tierra chilena. Los cronistas españoles del siglo inmediato ajustaron sus referencias a las noticias trans-

mitidas verbalmente por personas ancianas, merecedoras de ser consideradas veraces. El conjunto de tan diversos textos lo estudia fervorosamente el más ilustre y más connotado de los mestizos: el inca Garcilaso de la Vega. En el libro sétimo de su nutrida y animada crónica, titulada "Comentarios Reales", describe las conquistas que Inca Yupanqui, décimo rey, hizo en el Perú y en el reino de Chile. Relata que este soberano viéndose poderoso de gente y hacienda, resolvió tan arriesgada y larga empresa. Dejó en su centro administrativo del Cuzco las autoridades idóneas para mantener el buen gobierno de su dilatado imperio. Salió con su corte y un poderoso ejército, arribando meses después a la provincia de Atacama, desde antes ya sometida a su soberanía. Aquí se desarrollaba una cultura en que participaban mitimae sometidos a su mandato, que imponían costumbres, creencias religiosas, leyes y demás elementos conformes a la desarrollada civilización del incanato. La lengua quechua, mezclada con la aimara, había suplantado a la antigua cunza, propia de esa región en siglos lejanos. Esta primitiva Atacama corresponde a la mitad del territorio de la actual provincia de Antofagasta, palabra cuyo significado no me han podido explicar los sabios filólogos que he consultado.

El Inca Yupanqui estableció su cuartel general posiblemente en la localidad que un siglo más tarde se denominaría San Pedro de Atacama. Desde allí envió —nos dice Garcilaso— corredores y espías que fuesen por aquel despoblado desierto que hacía el sur se extendía. Llevaban la orden de explorar esa lejana y tan ignorada región, buscando huellas que permitiesen asegurar camino para el avance. Advierte el cronista cuzqueño que los exploradores fueron incas, es decir auténticos príncipes de la estirpe del mismo emperador, porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos soberanos sino a personas de su linaje, a los cuales les dieron guías de la misma región para que realizaran esa avanzada exploración y nueva conquista territorial. Con grandes esfuerzos, manteniendo el Inca constante comunicación por medio de chasquis o correos del avance de las tropas exploradoras, con gran diligencia y privaciones, fue solucionada la inhospitalidad del desierto. Dejaban señales por donde pasaban para no perder la ruta cuando volviesen con refuerzos en su afanosa campaña. Esto valía para que los nuevos exploradores supieran la travesía jalonada convencionalmente para obtener el éxito deseado. El cronista mestizo dice que fueron yendo y viniendo como hormigas, que con diligencia y trabajo horadaron las ochenta leguas que había desde el campamento del Inca al fértil valle de Copiapó. Aquí sometieron a las tribus diaguitas pobladoras de la región. Luego continuaron igual jornada de otras tantas leguas hasta arribar al hermoso valle de Coquimbo. Regresaban los exploradores a comunicar al soberano la situación que podría exigir combate con la tribus citadas. Inca Yupanqui dispuso el traslado de un cuerpo de tropas compuesto de diez mil hombres, bajo el mando del general Sinchiroca, que tenía a sus órdenes a

dos comandantes, que también eran vástagos de la sangre imperial. Este poderoso ejército peruano ocupó aquella extensa región, teniendo que entrar en batalla ante la resistencia presentada por los antiguos pobladores. La voluntad del Inca era hacer una pacífica conquista de estos nuevos territorios de su imperio. Envió claros mensajes a las retrasadas tribus de Copiapó, pidiéndoles someterse para su bien bajo su amparadora potestad, que dejaran la idolatría y aceptaran la religión, costumbres y leyes del imperio incaico. Ordenó que partiese también otro ejército, integrado también con diez mil soldados para reforzar al primero. Al ver los habitantes de Copiapó tal cantidad de fuerzas militares, quebrantaron la resistencia, pues continuar la inicial lucha habría producido un total exterminio de todas las tribus allí establecidas. Vino la paz y con ella el fruto inmediato del mestizaje, producido por las uniones de soldados peruanos con las nativas mujeres de esta región.

Como el historiador no puede echar mano a documentación escrita de esa época, ya que no obstante la avanzada civilización producida en el imperio del Tahuantinsuyo no se creó un sistema de escritura para transmitir las noticias del pasado, pocos detalles existen de aquella ocupación. Hay que atenerse a las informaciones obtenidas por los primeros cronistas o a los hechos que relataron verbalmente los exploradores hispanos que movieron su vida andariega en los maravillosos descubrimientos del Perú y Chile.

De manera fehaciente consta que el emperador Inca Yupanqui ordenó que se establecieran dos principales gobernaciones en el reino de Chile. Estos gobernadores tuvieron sus fortalezas en los valles de Coquimbo y Aconcagua. Contaban con bodegas para almacenar frutos de la tierra, vestuario y los metales preciosos extraídos de las minas de cada región. El gobernador debía ser un funcionario de la estirpe incaica, que gozaba de la absoluta confianza del monarca. Contaba con suficiente tropa, formada por muy probados y leales jefes y soldados peruanos. Unos y otros se hacían acompañar en sus guarniciones por sus esposas e hijos.

No ha quedado constancia de batallas libradas por las tropas peruanas invasoras con los aborígenes que poblaban los valles de la provincia de Coquimbo. El ilustre cronista cuzqueño nos relata la nueva empresa en avance hacia la genuina parte central, también la mas rica y fértil del largo país sureño. Después de permanecer el ejército imperial, que alcanzaba un número mayor a veinte mil hombres, durante varios meses en Coquimbo, explica el comentado Garcilaso: "De allí pasaron adelante, conquistando todas las naciones que hay hasta el valle de Chile, del cual toma nombre todo el reino llamado Chile. En todo el tiempo que duró aquella conquista, que según dicen fueron más de seis años, el Inca siempre tuvo particular cuidado de socorrer a los suyos con gente, armas y bastimento, vestido y calzado, que no les faltase cosa alguna; porque bien entendía cuánto importaba a su honra y majestad

que los suyos no volviesen un pie atrás. Por lo cual vino a tener en Chile más de cincuenta mil hombres de guerra”.

Es preciso una consideración sobre esta tan elevada cifra. Ella da a entender que luego de las dos columnas de expedicionarios que digamos iniciaron la conquista y población peruana de Chile, el emperador Yupanqui ordenó refuerzos muy copiosos, ya que durante los seis años de la campaña llegaron a juntarse sobre este nuevo país de su tan dilatado imperio más de cincuenta mil soldados. No se trata en esta expresión de yanaconas ni mitimaes, que también eran trasladados desde sus lejanas provincias a poblar las tierras recientemente conquistadas. Dice el cronista que fueron hombres de guerra. La cifra que dan otros relatos de aquella larga empresa incaica, alza la cantidad de las fuerzas militares sobre sesenta mil hombres.

Sin grande esfuerzo y con mínimo sentido de la realidad humana, es fácil comprender que la permanencia en suelo chileno de esas nutridas columnas de guerreros, debieron cumplir también la natural misión pobladora que siempre realizaron las huestes de invasiones a lo largo de la historia humana.

Con delicada sencillez y admiración patriótica, agrega en su gustoso texto el cronista mestizo, que las fuerzas del Inca destacadas al reino de Chile explayaron “tan bien bastecidas de todo lo necesario como si estuvieran en la ciudad del Cuzco”.

Los jefes militares que habían cumplido su cometido hasta vivaquear en el bellissimo valle de Chile, así denominado entonces el fértil campo en que discurre el río Aconcagua, enviaron noticias al Inca sobre el éxito de esta conquista. Cada día encomendaba esta tarea a un particular correo, que cumplía su tarea con el sistema de chasquis o postas usado desde siglos atrás por la civilización andina. Cuando la época veraniega fue propicia para el avance de las tropas hacia la región más austral, dispusieron los respectivos capitanes la marcha hacia lo desconocido. El terreno no presentó graves dificultades a las columnas expedicionarias. La tierra se encontraba bastante poblada y con algunos cultivos de productos alimenticios. El agua corría abundante y cantarina por sucesivos arroyos, esteros y ríos que hacen deliciosa la extensa comarca que se enclaustra entre las cordilleras de los Andes y de la Costa. Anduvieron casi cincuenta leguas desde la margen del Aconcagua hasta el río Maule. No se conocen los combates si los hubo con los pobladores de esta región central. Pudieron someterse aquellas tribus por las vías de la nueva amistad entre peruanos y chilenos, que era la razón más ecuánime para el bien de la comunidad que sobrevivía un retraso cultural muy evidente.

Anota Garcilaso que en esta campaña las tropas del Inca atravesaron más allá del río Maule, en columnas que sumaron veinte mil hombres de guerra. Las huestes araucanas presentaron heroica resistencia a los invasores, sin aceptar en forma alguna las consideraciones convenientes

para implantar la civilización incaica sobre sus tierras. Las tribus araucanas tenían conocimiento de la grandeza del imperio de Tahuantinsuyo, pero más que nada deseaban mantener su absoluta libertad a todo yugo extraño. Declararon que preferían caer muertos todos antes de someterse a la soberanía de lejanos señores ajenos a su propia raza. Rechazaron entrar en parlamento con los peruanos y con su reducido armamento presentaron combate. La batalla de los araucanos se prolongó durante tres largos días. No hubo en las refriegas vencidos ni vencedores. Los jefes militares enviados por el Inca se reunieron en consejo de guerra y acordaron retirarse a la otra margen del río Maule, sin buscar la exasperación bélica de las indómitas huestes araucanas, que sumaban cantidad de otros tantos veinte mil hombres, pero situados en la propia defensa de sus lares nativos.

Desde el lugar señalado como frontera del imperio incaico, el comando principal de la inmensa región conquistada comunicó al emperador Yupanqui la resistencia de los araucanos. Las tropas se distribuyeron convenientemente en todo el territorio ocupado de Chile. Un nutrido refuerzo de buenos soldados quedó situado en toda la ribera del Maule, encargado de la defensa del Estado chileno, como un rico reino de la monarquía incaica. La veracidad de los hechos relatados por Garcilaso es fácil aceptarla, ya que sus "Comentarios Reales" se nutrieron con justas noticias que recogiera pacientemente en la tertulia hogareña. Tengamos en consideración que su abuelo materno fue el príncipe Huallpa Túpac, hijo de Túpac Inca Yupanqui, siendo éste el directo heredero de Inca Yupanqui, afortunado conquistador de provincias chilenas.

Ordenó este emperador a sus generales que no llevaran nuevas invasiones a las tierras australes. Ya su imperio abarcaba más de mil leguas de largo. Por su latitud no le cabía comparación en el Continente. La soberanía de los Incas era absoluta y aceptada por los innumerables sometidos con respeto o veneración. Ordenó sabiamente que en la ocupación de los territorios chilenos se implantaran las leyes, costumbres y culto religioso tal como se cumplía en las demás provincias de sus dominios. Nombró gobernadores en las regiones más importantes y se estima que los principales feudos o cacicazgos fueron entregados a descendientes de la familia imperial que habían integrado las columnas expedicionarias en la conquista de Chile. Murió en 1453.

Con los datos recién expuestos cabe calcular un constante e intenso acercamiento étnico de los ocupantes y los pobladores primitivos de estas tierras. Hay que considerar también la llegada solícita de muchas mujeres peruanas que vinieron una vez asentada la dominación incaica, en busca de parientes soldados. Se establecieron también en estas regiones nutridos grupos de mitimaes, que eran pobladores colonizadores, que con sus familias se trasladaban para acentuar la civilización incaica en los nuevos territorios del imperio. Túpac Inca Yupanqui mantuvo durante su reinado esta misma política de pacífica ocupación de sus dilata-

dos dominios. Compartía las graves responsabilidades del trono con su extensa parentela. En cálculos no exagerados, se asegura que su padre dejaba al morir más de doscientos cincuenta hijos. Con estas cifras resulta fácil comprender la imperial ascendencia de numerosos caciques infeudados en toda la extensión de la monarquía incaica. Los hijos del soberano, dotados de más relevantes condiciones, eran provistos para los altos cargos militares, religiosos y gubernativos, como en todas partes.

Se cuenta que el emperador Túpac Inca Yupanqui salió durante los primeros años de su reinado a visitar sus dominios. Los aumentó con la conquista de nuevas y muy ricas provincias, incluyéndose el hermoso reino de Quito, con larga campaña de cinco años.

La visita a sus dominios de Chile que posiblemente realizara Túpac Inca Yupanqui, no la encuentro en los primeros cronistas del Perú. Pero Garcilaso en el libro octavo de sus *Comentarios Reales*, relata lo siguiente: "Visitaba por sus gobernadores el reino de Chile cada dos, tres años; enviaba mucha ropa fina y preseas de su persona para los curacas y sus deudos, y otra mucha ropa de la común para los vasallos. De allá (de Chile) le enviaban los caciques mucho oro y mucha plumería y otros frutos de la tierra; y esto duró hasta que don Diego de Almagro entró en aquel reino".

También dejó abundante descendencia este famoso Inca, segundo emperador de los dominios chilenos. Se cuenta que sus hijos, entre varones y hembras pasaron de doscientos. Su insigne bisnieto el inca Garcilaso de la Vega nos dice: "Embalsamaron su cuerpo, como yo lo alcancé a ver después, el año de 1559, que parecía que estaba vivo". Su muerte había ocurrido en 1483.

En el año último citado entró a reinar su primogénito Huayna Cápac, grande entre los mejores y más poderosos monarcas del imperio incaico. Aumentó sus dominios con la conquista de otras ricas provincias en la zona ecuatorial, implantando las sabias leyes, costumbres, religión e idioma de su inmenso estado. Sufrió la honda preocupación de los vaticinios por astrólogos, que anunciaron la ruina del imperio al producirse la muerte del duodécimo soberano de su dinastía. Como él ocupaba ese lugar en la cronología de los monarcas cuzqueños, creyó conveniente mantener en estricta organización sus ejércitos para defenderse de la anunciada invasión. Tuvo noticias veraces de las exploraciones hechas en las costas del inmenso océano, después de la entrada de Balboa en sus aguas. Se ha dicho de este emperador que tuvo más de trescientos hijos, acentuándose con este dato, si fuese veraz, la horrible crueldad de Atahualpa que ordenó el fratricidio de todos los miembros de la estirpe incaica. Huayna Cápac murió en 1523.

Durante un quinquenio ocupó el trono imperial Huáscar Inca, destronado por su hermano bastardo Atahualpa, que desde su corte de Quito promoviera la guerra civil para adueñarse sin mayor derecho de todo el imperio incaico.

No existe documentación relacionada a este turbulento período de acontecimientos, con referencias directas al proceso histórico de las provincias chilenas integrantes de esa gran monarquía. Se debe dar por entendido que los gobernadores designados para su administración cumplirían las órdenes impartidas desde el Cuzco, aunque el orden jurídico sufría menoscabo en uno y otro aspecto. Luego portarían noticias los mismos encargados de llevar los tributos a la corte imperial. Así deben haber llegado a estas remotas latitudes confusas relaciones verbales sobre la invasión del suelo peruano por extraños hombres blancos y barbudos. Más adelante se confirman los hechos fundamentales de las jornadas españolas hasta la ocupación del Cuzco en 1533. Las tribus pobladoras del norte y centro de Chile, mezcladas largamente con los peruanos, recibieron asustadas las noticias de la tragedia imperial que costara la vida a Huáscar, Atahualpa e innumerables príncipes que el último hizo exterminar. Pizarro había entregado el solio imperial a Manco Inca Yupanqui, que había cumplido diez y ocho años de edad. El decenio de su ficticio reinado provocó la más imprevisible catástrofe política. En ella afincó el origen de las tremendas guerras civiles, el odio entre pizarristas y almagristas, que unidos arrojan un saldo pavoroso de muerte y destrucción. Cuando más urgente e impostergable habría sido el triunfo de la buena convivencia humana para el bien común de estos países.

Manco prestó ayuda al Adelantado Diego de Almagro en su expedición a Chile. Ordenó que avanzaran en vanguardia su hermano el príncipe Paullu Túpac y el sumo sacerdote Villac Uma, con varios españoles y un refuerzo de dos mil indios de su ejército. Con Almagro seguían las fuerzas de retaguardia, formada por cerca de trescientos españoles y otros dos mil soldados indígenas, algunos yanaconas y muchísimas mujeres peruanas, que acompañaban a sus maridos. Este elemento femenino era de grande eficacia en las expediciones de aquel tiempo. Las mujeres se dedicaban abnegadamente a socorrer a los enfermos, curaban a los que caían heridos en los combates, preparaban cuidadosos los alimentos y atendían el lavado y conservación del vestuario. Además, las mismas prestaban en graves ocasiones su eficaz colaboración, en circunstancias arriesgadas, para establecer acuerdos o parlamentos que produjeran la paz en campañas guerreras.

En la expedición de Almagro a Chile, 1536-1537, las fuerzas exploradoras sostuvieron combates con tribus radicadas en la zona norte. La permanencia de las tropas españolas, junto con los refuerzos peruanos que no perecieron en la horripilante travesía por las frías alturas andinas, debió producir muchas uniones de estos soldados de una y otra raza con las aborígenes que encontraban establecidas cerca de sus campamentos. El avance del capitán Gómez de Alvarado con sesenta jinetes y otros tantos infantes, hacia el sur, también contó con refuerzo de indios peruanos, leales a los valerosos amigos de Almagro. La columna de Alvarado terminó su cometido con fuertes combates que los araucanos

les presentaron en las riberas del río Itata y del Biobío. La estación invernal con agudo frío y lluvias incontenibles provocó el desaliento de los expedicionarios. Almagro convocó a los capitanes que le ayudaban y levantó su campamento de la ribera del Aconcagua o valle de Chile para retornar al Cuzco. La fracasada empresa rehizo su marcha por la ruta cercana a la costa, aprovechando algunos tambos de oasis con viejos pozos de agua que podían saciar a hombres y bestias en el inmenso desierto.

La infortunada expedición a Chile y la alevosa muerte de Almagro en el Cuzco, produjeron una ola de desprestigio a la empresa pobladora de las tierras chilenas unidas al Perú. En esta desmejorada situación es cuando Pedro de Valdivia, rico encomendero del Collao, comienza a gestionar su empresa pobladora del país más austral del mundo. Los gastos correrán de su propia cuenta, pero se asocia con amigos empeñosos que confían en el futuro. Alza bandera de enrolamiento y junta hombres, animales, armas y vituallas. Cuando estima que es oportuno, inicia su marcha desde el Cuzco el 20 de enero de 1540. Primeramente envió mensajeros hacia las tierras chilenas. Debieron ser grupos de indios de su encomienda y soldados aborígenes que ya conocían la ruta del desierto. Consta que contaba Valdivia al partir de la capital del imperio con mil indios peruanos que se repartirían en las diversas columnas que formaron la expedición. Le prestaron su concurso ciento setenta españoles y no todos arribaron al valle principal del Aconcagua.

A mediados de agosto penetró Valdivia con su hueste al desierto de Atacama. Debió permanecer dos meses en el pueblo que tomó el nombre de su santo patrono, príncipe de los apóstoles. Con solemnidad cívica ocupó en nombre del rey de España las tierras de su gobernación, estando en Copiapó, que se denominó valle de la Posesión. Los indios prevenidos por los mensajeros no aceptaban de buen grado este sometimiento. Ocultaban el oro y las cosechas. En Coquimbo huyeron del campamento cuatrocientos indios peruanos y se mezclaron con los aborígenes de la comarca.

Dato en extremo sugerente da Barros Arana al decir: "Algunos soldados españoles traían consigo los niños que les habían nacido de sus uniones clandestinas con las indias del Perú". Considero que también venían muchas de estas aborígenes peruanas al cuidado de los mismos niños y se estimarían ellas esposas verdaderas de los ocasionales compañeros con quienes compartían la vida.

La situación referida por el prestigioso historiador confirma en forma indeleble el reconocido orgullo paternal del hombre español, junto con la efectiva ternura maternal de la mujer peruana.

Una vez situado el real de la tropa de Valdivia en la ribera del Mapocho, fue preciso buscar un avenimiento con los habitantes de la región. El mestizaje de aborígenes peruanos con la gente chilena era ya una viva realidad. Se había iniciado cerca de un siglo antes con la primera ocu-

pación incaica. A los nuevos pobladores no les fue difícil darse a entender por los habitantes de la comarca. Barros Arana advierte que la lengua peruana era generalmente hablada en esta región y era el vehículo expresivo que "servía a los españoles para entenderse con los indios, por medio de los intérpretes que acompañaban al ejército invasor".

Puestos los pobladores ante el empeño promovido por Valdivia, se inició la paciente construcción de una nueva ciudad en el sitio más adecuado a su buena defensa y sustentación. Al norte y al sur la guardaban los brazos del río. Al lado oriental se defendería con la inmediata fortaleza telúrica del cerro Huelén, denominado Santa Lucía. Muy eficaz colaboración prestaron los indios peruanos en los trabajos para alzar las primeras viviendas, la iglesia parroquial y, con medios primitivos, los puentes precisos para salir en busca de alimentos por los campos circunvecinos. "Todos cavábamos, arábamos y sembrábamos, estando siempre armados y los caballos ensillados", ha dicho Valdivia en una carta. Barros Arana completa el cuadro de esfuerzo mancomunado y en su prolija exposición de aquellas faenas fundamentales para crear una nueva nacionalidad —aun sin ellos pensarlo— por Valdivia y sus arriesgados compañeros, advierte: "Pero en estas tareas tuvieron los españoles buenos cooperadores en los indios de servicio que habían traído del Perú. Los yanaconas, dice el mismo Valdivia, "eran nuestra vida", palabras que explican la importancia de los auxilios que le prestaron en esos días de prueba".

La continuidad del reflujo producido por elementos étnicos procedentes del Perú en la tierra chilena, que los Incas habían incorporado a su inmenso imperio, se podría confirmar con la caudalosa documentación que atesora el Archivo General de Indias, guardado en la hermosa Sevilla. Millares de expedientes se conservan allí que dan mucha luz sobre mestizajes. En la imposibilidad material de exhibirlo todo, aprovecho en este sumario estudio una pieza documental que ilustra ampliamente.

El general Francisco de Aguirre, gobernador del Tucumán, fundador de la Serena y uno de los principales protectores de la generosa empresa pobladora que encabeza Pedro de Valdivia, rindió cuatro probanzas sobre sus invalores servicios. En la tercera de esas informaciones, incoada en la Serena el 23 de julio de 1554, ante "el magnífico señor Pedro de Cisternas, alcalde ordinario en la dicha ciudad y sus términos por Su Majestad". Los autos van autorizados por Gonzalo de Peñalosa, escribano del Cabildo, y los certifica Juan Hurtado, escribano real. Uno de los testigos más calificados, el noble soriano Diego Sánchez de Morales Negrete, al relatar la pacificación de aquella región bajo la autoridad de Aguirre, declara que éste "trajo de paz a todos los indios de los valles sujetos y comarcas a esta dicha ciudad, y sacó de poder de los indios muchos mestizos, hijos de cristianos e indias cristianas, natu-

rales del Perú, y este testigo tiene en su poder una mestiza, hija de un cristiano que los dichos indios mataron”.

En la misma información sustanciada en la Serena, depone sobre el mismo asunto otro importante vecino feudatario: Juan González, alcalde de segundo voto. Asegura en su declaración que Aguirre sacó del poder de aborígenes de esa región “muchas cantidades de yanaconas cristianas e indias del Perú, y a muchos hijos de cristianos e hijas que estaban en poder de los dichos indios, y algunos que había mucho tiempo que los tenían cautivos y presos”.

La vitalidad del mestizaje producido por los peruanos y las aborígenes chilenas durante aquel primer siglo de comunes destinos, se confirma con numerosos testigos y cronistas de aquella gestadora época. Agustín de Zárate, en su bien estimado relato que intitulara “Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú”, refiere con veracidad las empresas valerosas y trascendentales de los españoles por esta tierra. Explica la situación de las constelaciones estelares que señalan nuestro polo antártico. También confirma el avance logrado en las formas sociales del país, tras un siglo de mestizaje.

“Los indios de Chile —explica Zárate— visten como los del Perú; son hombres y mujeres de buenos gestos y comen las viandas que en el Perú”.

En la empresa pobladora llevada adelante por Pedro de Valdivia se impuso de manera más acentuada el mestizaje de los peruanos de ambos sexos con aborígenes chilenos. También lo hubo con los europeos que llevaban la responsabilidad del gobierno, cultivos agrícolas, defensa militar y normas sociales de acuerdo al espíritu occidental. Así en estos amplios y generosos panoramas geofísicos germinarían fecundas las simientes más aptas para constituir una rica y vigorosa personalidad humana.

## FUENTES DOCUMENTALES

"Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo.— 1518-1818". Colectados y publicados por José Toribio Medina. (Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana.— 1888-1902).— 30 volúmenes.

"Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Océanía, sacados en su mayor parte del Real Archivo de Indias", por Joaquín F. Pacheco, Francisco de Cárdenas y Luis Torres de Mendoza.— (Madrid, 1864-1884).— 42 volúmenes.

"Boletín de la Academia Chilena de la Historia", (Santiago, 1933-1964) 70 números.

"Revista Chilena de Historia y Geografía", (Santiago, 1911-1963).— 131 números.

Barros Arana, Diego: "Historia General de Chile", (Santiago, 1884).— 16 volúmenes.

Garcilaso Inca de la Vega: Comentarios reales. (Lima, 1960).— 3 volúmenes.

Medina, José Toribio: "Diccionario biográfico colonial de Chile". (Santiago, 1904),

Mendiburu, Manuel de: "Diccionario histórico biográfico de Perú".— (Lima, 1931-1934) 11 volúmenes.

San Cristóval Evaristo: "Apéndice al Diccionario histórico biográfico del General D. Manuel de Mendiburu"., (Lima, 1935-1938).— 4 volúmenes.

Thayer Ojeda, Tomás: "Formación de la sociedad chilena y censo de población de Chile, desde 1540 a 1565". (Santiago, 1939-1941) 3 volúmenes.

Thayer Ojeda, Tomás: "Santiago durante el siglo XVI". (Santiago, 1905).

Thayer Ojeda, Tomás: "Las antiguas ciudades de Chile", (Santiago, 1911).